

Así quedó reiterado en otra de las actas municipales, el **día 5 de junio** que “... sólo se acepta un palco de sol en la corrida patriótica a celebrar en Toledo para el fomento de la marina de guerra”. Algunos estudiosos del tema, entre los que Rafael Nuñez Florencio<sup>1</sup>, describen cómo observadores del momento se sorprendieron por la afluencia de espectáculos tradicionales, entre ellos los toros, incluso en el mismo día en que se conocía la derrota de Cavite, en Filipinas, producida el 1 de mayo y que tuvo como consecuencia la pérdida de aquel territorio, aunque la ciudad de Manila no se rendiría hasta el 14 de agosto.

A pesar de todo, los fondos que se pudieron recaudar se mostraron insuficientes. España en declaraciones de su gobierno comprometía “hasta la última peseta” en la defensa de sus territorios. Por tanto no resulta extraño que se incremente la contribución especial que se tenía que aportar mediante el “sellado” de las actas municipales. **Así comprobamos cómo a partir del día 12 de julio de 1898, la cantidad que se debe aportar sube a 80 céntimos.**

Suponemos que lo único que haría, sería aumentar las dificultades de la hacienda municipal porque la guerra apenas duró unos cuantos días más y los resultados fueron bastante negativos.

El conflicto terminó en julio de 1898 cuando los estadounidenses destruyeron la flota del almirante Cervera en Santiago de Cuba. Los españoles sufrieron una derrota previsible en función de la situación geográfica, la estrategia y la diferencia de armamento, aunque es preciso desmentir que los barcos españoles fueran tan “malos” como se ha divulgado popularmente.

Desde estos días de julio, hasta la firma definitiva del tratado de París, en diciembre de 1898, los soldados españoles permanecieron en la isla. En París la delegación española tuvo que aceptar las imposiciones norteamericanas pero, al menos, demostró que la razón de la intervención de los EEUU sólo tenía apoyo en la fuerza, pero no en la razón.

Firmado el tratado, el problema más grave estuvo en la repatriación de nuestros soldados desde Filipinas y Cuba. Tras diversas discusiones, llegaron a la península a finales de años. Desgraciadamente muchos, en unas condiciones deplorables de viaje y, mucho peor, de integración en la sociedad que les había visto partir hacia la “perla antillana”.

A luchar con los “mambises” es decir, los rebeldes cubanos, habían acudido aquellos “soldados de

rayadillo”, llamados así por las rayas del uniforme que tuvieron en la isla, pertenecientes a las clases sociales más bajas que no habían podido eludir el reclutamiento ni pagar la correspondiente indemnización económica para no ir a la guerra.

Vuelven a una España con graves problemas económicos que apenas les puede ayudar con sus problemas de salud ni tampoco a integrarse en la sociedad.

En La Puebla de Montalbán, la corporación realizó un esfuerzo para atenderlos a su llegada con una pequeña ayuda. **Así a los soldados que volvían sanos, que eran los menos, al menos se les pagó el coste de un asiento en el coche que les traía desde Torrijos** (Especificamos que era en este pueblo cercano donde el tren dejaba a los soldados que habían desembarcado en los distintos puertos españoles).



**Para aquellos que volvían enfermos, que fueron la mayoría, la ayuda aumentaba además con ocho días de alimentos.** (Acta capitular de 21 de septiembre de 1898). Hasta ahí el auxilio para estos pobre soldados que volvían a sus casas después de haber sufrido grandes penalidades, no solo bélicas sino alimentarias y sanitarias principalmente.

Aunque los autores no se han puesto de acuerdo en las cifras, menciona el autor citado anteriormente que fueron movilizados unos 200.000 soldados españoles para la guerra de Cuba, siendo los muertos en combate unos 3.000. Sin embargo dice que llegaron a enfermar por diversas causas más de 55.000, lo que nos hace ver claramente cómo la falta de alimentos y el efecto de las enfermedades tropicales causaron estragos entre los ralladitos españoles.

Como prueba de lo que estamos diciendo, podemos aportar la entrevista que fue realizada en los años 60 del pasado siglo XX a uno de los soldados pueblanos supervivientes de la guerra cubana. Sus palabras fueron recogidas en el periódico local “Ecos de La Puebla” por parte de quien entonces hacía de redactor. La persona entrevistada fue Eusebio Mérida López-Dávila.

A lo largo de la conversación fue informando que él se marchó a Cuba en 1897, en concreto el día 5 de noviembre al embarcar en el puerto de Santander, en el acorazado Cristóbal Colón, llegando a Cuba quince días después. Reconoce que a pesar de ser su primera experiencia en el mar pues sólo se había subido a las barcas del río para ir a pescar, no se mareó en ningún momento. Responde que estuvo durante diez meses en la isla en Santiago, Caimanera, Sanagua de Tánamo y finalmente en el fuerte de Guantánamo. Dijo que cree que unas cincuenta personas de la localidad participaron